

OSAMU DAZAI

LA FELICIDAD DE LA FAMILIA

(Ocho cuentos de Osamu Dazai)

Traducción directa del japonés:

Isami Romero Hoshino

Colaboración en la traducción y prólogo:

Ednodio Quintero

EDITORIAL CANDAYA

Toka-ton-ton

Estimado Señor:

Le escribo con el propósito de solicitar su ayuda ya que tengo un serio problema.

Estoy a punto de cumplir veintiséis años. Nací en la ciudad de Aomori, en una zona rodeada de templos. A lo mejor usted no tiene conocimiento de la existencia de ese barrio. Junto al templo de Seikaji había una floristería llamada Tomoya, que había sido propiedad de mi familia. Yo soy el segundo hijo.

Tras graduarme en la escuela secundaria de Aomori, trabajé durante tres años como oficinista en una fábrica de municiones ubicada en Yokohama. Más tarde serví en el ejército por un lapso de cuatro años y, al oficializarse la rendición incondicional, regresé a mi tierra y encontré mi vieja casa convertida en una ruina: había sido quemada en su totalidad. Mi padre, mi hermano mayor y mi cuñada habían vivido ahí, y sobre los vestigios calcinados construyeron una pequeña choza. Mi madre había fallecido mucho antes, justo cuando yo cursaba el cuarto año de secundaria.

Ante semejante infortunio, consideré que sería una gran molestia para mi padre y mi hermano que me fuera a vivir con ellos en aquella precaria construcción levantada sobre los escombros. De esta manera, después de consultarlo con ellos, decidí buscar trabajo en la oficina de correos del pueblo costero A, situado a ocho kilómetros de Aomori. El edificio

donde se encuentra la oficina había sido la casa familiar de mi difunta madre, y el gerente del correo su hermano mayor. Llevo trabajando en ese lugar poco más de un año, pero cada día que pasa siento que mi existencia carece de sentido. Estoy verdaderamente preocupado.

Comencé a leer sus novelas cuando trabajaba en la fábrica de municiones de Yokohama. Desde que leí sus escritos breves publicados en la revista *Buntai*, me acostumbré a buscar sus obras y a hojearlas. Más tarde llegaría a enterarme de que usted había estudiado en la misma escuela secundaria que yo. Y también tuve conocimiento de que mientras cursaba sus estudios en aquella escuela, había vivido en la casa de los Toyoda, ubicada en un barrio rodeado de templos, en Aomori. Esa información me impresionó.

Los Toyoda tenían una tienda de kimonos en mi vecindario. Los conozco muy bien. Dicen que el fundador de la empresa, el primer Futozaemon, había sido una persona obesa. Los caracteres chinos de su nombre se correspondían a la perfección con su corpulencia: el kanji “futo” significa gordo. Al contrario, el Futozaemon que en mi época administraba la tienda era muy flaco. Daban ganas de decirle Hanezaemon: el “zaemon de plumas”, por lo liviano. Era una buena persona. Durante los bombardeos, la casa de los Toyoda, incluido el almacén, fue consumida completamente por el fuego. Fue una pena.

Al enterarme de que usted había vivido en casa de los Toyoda, le pedí al señor Futozaemon que me escribiera una carta de presentación para su persona con la idea de visitarlo, pero mi excesiva timidez me impidió llevar a cabo mi propósito. Ni siquiera me pude imaginar esa escena.

Pero aquí estoy, ocultando mi carácter retraído entre estas líneas, hablándole de mi vida. Después de haber ingresado

al ejército, me asignaron la tarea de resguardar las costas de la prefectura de Chiba. Me pasé todo el tiempo excavando trincheras hasta que acabó la guerra, y a veces, cuando me daban medio día libre, me acercaba a la ciudad en busca de sus obras. Y así en algunos momentos tomé la pluma para escribirle una carta. Sin embargo, luego del “Estimado señor” ya no sabía qué más poner. No tenía un motivo específico para escribirle y, como soy un total don nadie para usted, me quedaba perplejo con la pluma en la mano...

A la postre, Japón se rindió de manera incondicional y pude regresar a mi tierra y ahora trabajo en la oficina de correos de A. Hace unos días fui a Aomori y estuve husmeando en una librería buscando sus obras. Ahí me enteré, leyendo uno de sus escritos, de que también usted había sido víctima de los bombardeos y de que había regresado a su tierra natal, Kanekicho.

De nuevo mi pecho se estremeció de la emoción. Sin embargo, no tuve el valor suficiente para visitar su distinguido hogar. Después de meditarlo durante mucho tiempo, decidí escribirle una carta. En esta ocasión no me deprimí al escribir “Estimado señor”, como me había sucedido en el pasado, ya que esta carta obedece a un motivo. De hecho, se trata de un asunto urgente.

Necesito que usted me ilumine en relación a un tema, que en realidad es un dilema tremendo. Que no sólo me afecta a mí sino a un grupo de personas. Confío en que usted nos sabrá orientar. Desde que estaba en la fábrica de Yokohama, y más tarde cuando me enrolé en el ejército, había intentado escribirle. Por fin, ahora he podido hacerlo. No pensé que esta primera carta expresara tanto desconsuelo.

El 15 de agosto de 1945, a mediodía, nos formaron frente a la explanada del cuartel militar y nos hicieron escuchar una

trasmisión radial, que supuestamente provenía de la voz de su Majestad. No pude escuchar con claridad ninguna de las palabras de la trasmisión debido a las interferencias. Tras aquel extraño evento, uno de los tenientes jóvenes subió corriendo a la tarima.

—¿Han oído? ¿Han comprendido? Japón ha aceptado los Acuerdos de Potsdam y se ha rendido incondicionalmente. Sin embargo, eso no es más que un asunto político. Nosotros somos militares. Tenemos que seguir combatiendo. Al final, no nos quedará otra alternativa que suicidarnos, de tal manera que ninguno de nosotros permanezca con vida. Les pido disculpas. Yo seré el primero en hacerlo, así que también ustedes deben estar preparados para cumplir con ese deber. ¿Han comprendido? Bien. ¡Rompan filas, ya!

Después de haber pronunciado estas palabras, el joven teniente bajó de la tarima y mientras caminaba se le escaparon algunas lágrimas. Me pregunté entonces: ¿Es éste un solemne acto simbólico?

Permanecí de pie. Comenzó a oscurecer, desde algún lugar soplabá un viento frío. Sentí que mi cuerpo se hundía hasta el fondo de la tierra, casi de forma natural. Pensé en quitarme la vida. Creía que morir sería lo mejor. Del bosque que había enfrente no provenía ningún sonido, todo era silencio. En aquel momento el bosque se veía negro como el carbón. Una bandada de pequeños pájaros salió volando sin hacer ruido. Era como si alguien hubiera arrojado polvo de sésamo al viento.

Sí. Fue en ese mismo instante. Desde el cuartel, ubicado a mis espaldas, brotaba un tenue sonido: Toka-ton-ton. Parecía que alguien estuviera clavando un clavo con un martillo. Al escuchar el leve martilleo salí de mi ensoñación. Y de repente aquella situación trágica y solemne desapareció por completo.

Era como si me hubiera librado de un maleficio y me hubiera transformado en un hombre nuevo. Sin vergüenza alguna, contemplé los valles arenosos de aquel mediodía de verano. Mi pecho no abrigaba ya ningún sentimiento profundo.

Entonces llené mi mochila con todo lo que pude encontrar, y confuso y desorientado regresé a mi tierra.

Aquel tenue y lejano sonido, aquel tibio martillar era increíblemente bello. Me liberó del fantasma del militarismo. Después de semejante evento, nunca me han atormentado las trágicas y solemnes pesadillas de aquel infausto día, pero parece que el pequeño sonido se incrustó en el centro de mi cerebro. A partir de esa fecha y hasta el presente, sufro unos extraños ataques de epilepsia.

Pero no significa que me den convulsiones. Es más bien todo lo contrario. Cada vez que alguna dificultad me atormenta, escucho, proveniente de un misterioso lugar, el tenue sonido Toka-ton-ton. El leve martilleo. El sonido me tranquiliza, y el paisaje delante de mis ojos cambia abruptamente. Se disuelven las imágenes y sólo queda una pantalla completamente blanca, que al observarla detenidamente me doy cuenta de que no contiene absolutamente nada. Me siento como un idiota.

La primera vez que ocurrió tal fenómeno acababa de llegar a la oficina de correos. En aquellos días, me decía a mí mismo: “ya eres libre, puedes elegir lo que quieras hacer. Entonces, escribe una novela”. Tomé la decisión de escribirla con la idea de enviársela a usted. En mi tiempo libre intenté escribir mis memorias en el ejército. Con mucho esfuerzo logré redactar unas cien páginas.

Me restaba apenas un día para terminarla. Recuerdo que era una tarde de otoño. El trabajo en la oficina había terminado. Fui al baño público, y mientras se calentaba el agua